Cuarta época. - Núm. 128
Redacción y Administración:
Fernández de la Hoz, 51.-MADRID
Madrid, 3 de febrero de 1934
Precio: 15 céntimos

Cada día hay más hambre y más miseria en España.
Sólo la insurrección de los oprimidos podrá resolver la situación.

¡POR LA REVOLUCION SOCIAL!

Ganar el tiempo perdido

Revolución es todo lo contrario de improvisación. Necesitamos en estas horas repetirlo con constancia machacona para que obremos en consecuencia. La revolución, según frase de Marx, es un arte. Y como todo arte requiere un estudio, un aprendizaje, una preparación. La revolución no se improvisa; se prepara. Sólo cuando esta preparación ha sido meticulosamente cuidada, cuando se han instruido con cuidado las fuerzas de choque, cuando se las ha dotado de elementos ofensivos, es cuando habrá probabilidades de éxito. Confiar exclusivamente en el ímpetu revolucionario de la masa sin articularla, sin ponerla en condiciones, conduce al más absoluto fracaso. No es que despreciemos ni que valoremos por bajo la importancia que la masa, aun la no organizada, tiene. Desentenderse de este problema sería puro blanquismo. Hay que contar como basamento revolucionario con el empuje total de la clase trabajadora. Pero al mismo tiempo hay que crear los órganos encargados de encauzarla, de ser su vanguardia en la hora del combate. Esta es la labor, no nos cansaremos de decirlo, a que han de entregarse todos los militantes.

Para ello han de tener en cuenta una cosa: que el tiempo, en épocas revolucionarias, actúa como elemento negativo. Es un factor contrarrevolucionario. Téngase en cuenta la situación de los campos principalmente y veremos cómo no es posible esperar, cómo cada semana, cada día cierran más las puertas a un posible triunfo. Los campesinos no pueden aguardar. El hambre no admite espera. Por esto hemos de percatarnos plenamente de la trascendencia de las horas en curso para no desaprovechar ni una.

Que todas nuestras organizaciones y todos nuestros afiliados recapaciten sobre si han ultimado los trabajos a que anteriormente hacíamos mención. Vean la imperiosa necesidad de forzar la marcha. Desaparecidos, afortunadamente, los impedimentos interiores de la burocracia sindical y política, es la hora de multiplicar el esfuerzo. Con la confianza absoluta en los cuadros dirigentes, hay que trabajar. Ya sabemos que nuestras actividadas no serán baldías, que rendirán su fruto. Animados por esta satisfacción interna, debemos reconquistar el tiempo y las energías perdidos en la lucha interna. Lograda la victoria dentro de nuestras organizaciones y unificado el criterio revolucionario, hay que pensar y obrar únicamente con vistas a la organización extralegal, factor indispensable si queremos inclinar de nuestro lado las probabilidades de la victoria. Creación de cuadros revolucionarios con disciplina militar. Armamento e instrucción de los mismos. Preparación de planes y proyectos. Estudio de las circunstancias probables en que se desenvolverá la insurrección. Así, cuando llegue el momento, cada militante sabrá con exactitud su deber y ocupará el puesto sin vacilaciones ni dudas. Que no ocurra el hecho de verse inerme por no saber manejar los elementos combativos de que se le pueda dotar. He aquí la preocupación cardinal de esta hora revolucionaria.

Los consejeros del Banco de España controlan quince Bancos, además del de emisión. Entre los quince, figuran los cinco oficiales.

Controlan, también, cincuenta entidades industriales de diversa índole (eléctricas, metalúrgicas, transportes, mineras, etc.), figurando entre ellas los grandes monopolios.

Controlan al gobernador del Banco de España, Marraco, a quien pagan más de veinticinco mil duros anuales de "salarios". Así puede decir que "él es un servidor más del Banco".

Controlan hasta el ministerio de Trabajo; díganlo si no el "favorecido" ministro y el "acreditado" director de Trabajo, Daniel Ríu, subvencionado con mil pesetas mensuales por la entidad bancaria.

Así ha podido el Banco de España conseguir, por encima de la ley, y de toda decencia pública, disolver el Jurado mixto de la Banca Oficial, donde había pendiente de juicio la demanda por despido de cuatro dirigentes del Sindicato de la Banca Oficial.

El estado de prevención

Llevamos viviendo en estado de prevención más de dos meses, sin razones para ello. Ver pasear a los guardias con tercerola es un espectáculo tan corriente como el que puede ofrecer un vendedor de helados en estío o una mujer pública en el Colonial. La fisonomía de Madrid ha variado en dos meses hasta el punto de que no nos imaginaríamos la ciudad sin las carabinas de los de Seguridad y los carros de Asalto. De este nuevo aspecto de Madrid surgirá otro género literario, que con el tiempo se hará clásico y que irá a enriquecer las páginas de El Liberal, *junto con los anuncios por palabras. Los antiguos palacios, los vetustos caserones que ahora llenan el casticismo dejarán paso a los guardias con carabinas, que algún nieto de Castrovido glosará.*

Lo malo de esto es que la gente se acostumbra a ver ese lujo de armas, y cuando se arme de verdad no le van a amedrentar ni los cañones del 42. Advertimos honradamente al Gobierno de este grave peligro. De seguir así, la autoridad dejará de serlo. Y el guardia de Seguridad va a dar mucho juego en las zarzuelas populares. No creemos que eso convenga a nadie. Si ahora mantienen el estado de excepción, ¿qué van a dejar para cuando las cosas vayan en serio?

Colaboradores de RENOVACIÓN

España es anticatólica

Por Luis ARAQUISTAIN

La República española se dispone a enviar un embajador al Vaticano. Ese acto será inconstitucional. Cierto que un Gobierno anterior pidió, sin éxito, el "placet" del Vaticano para el Sr. Zulueta. También aquel acto fué inconstitucional, pues ello equivalía a aceptar la Iglesia de Roma como un Estado, como una persona de derecho internacional, y para la Constitución española — artículo 26 — todas las iglesias son sólo asociaciones privadas.

El Estado español — según el artículo 3.º de la Constitución — no tiene religión oficial. Por lo tanto, no puede concertar convenios con ninguna iglesia sin mengua de la Constitución y de la soberanía nacional. El concordato que se prepara será, pues, inconstitucional, aunque lo aprueben las Cortes. Si llegara este caso, lo denunciaremos ante el Tribunal de Garantías constitucionales y, si fuera preciso, pediremos un "referéndum" — conforme al artículo 66 de la Constitución — para anular el concordato con el Vaticano.

La teoría de los concordatos es incompatible con la Constitución de la República española. La inmensa mayoría de los Estados contemporáneos rechazan la pretensión de la Iglesia católica a ser considerada como sujeto de derecho internacional público. La rechazan no sólo los Estados en cuyos territorios predominan otras religiones, sino los propios Estados cuya población profesa en su mayor parte confesiones cristianas, como los países protestantes.

Los concordatos con Roma son un anacronismo que pretende perpetuar las relaciones entre la Iglesia y el Estado vigentes en otras épocas. La Iglesia católica ha dejado de ser lo que era por su propio agotamiento y por la evolución natural del espíritu humano y de los Estados modernos. Ya estamos lejos de aquellos siglos medios en que la Iglesia católica era un Estado teocrático, mejor dicho, un imperio papal que se extendía por toda Europa y que daba o negaba patentes de legitimidad a los nacientes Estados temporales.

Entonces era la Iglesia la que se resistía a reconocer la personalidad jurídica de los Estados civiles. Luego se llegó a un acuerdo: ambas instituciones, la Iglesia y los Estados, eran "sociedades perfectas", es decir, soberanas y, por lo tanto, capaces de pactar convenios. De ahí los concordatos. Pero la Reforma, primero, y la Revolución francesa, más tarde, despojan a la Iglesia de Roma de su carácter de Estado y sólo la aceptan como una asociación privada.

Esta doctrina es también la de la República española, tal como la expresa el artículo 26 de la Constitución: «Todas las confesiones religiosas serán consideradas como asociaciones, sometidas a una ley especial.» Esta ley y el resto del artículo 26 son las únicas normas que deben regular las relaciones entre el Estado y los católicos españoles. Los derechos y deberes de estos católicos los define sólo el Estado, como define los de todos los demás ciudadanos, sin injerencias extrañas.

La Iglesia católica, como otras iglesias, no es más que una asociación internacional, lo mismo que la masonería, la Internacional Socialista de Amsterdam y la comunista de Moscú. ¿Y qué se diría si los socialistas pidiésemos al Estado un concordato o convenio de favor para nosotros, con la Comisión ejecutiva de Amsterdam, o si los masones o los comunistas reclamasen otro tanto? Se diría que ello es absurdo. Lo dirían, antes que nadie, los católicos, porque ellos se figuran que el ser católico da derecho a privilegios que no debe tener un judío, un musulmán, un masón o un socialista. Pero la era de los privilegios se está acabando para todas las castas, incluso la casta católica.

No queremos embajador en el Vaticano, ni nuncio en Madrid — que debió haberse marchado al votarse el artículo 26, porque sólo representa una asociación de origen extranjero y con sede en el extranjero, a la que nuestra Constitución no le reconoce rango de Estado ni de corporación de derecho público —, ni queremos concordato de ningún género. Todo eso es inconstitucional. Como lo es el proyecto de ley de haberes al clero, abolidos por el artículo 26 de la Constitución. Si esa ley se aprueba, también habrá que llevarla al Tribunal de Garantías constitucionales o a un "referéndum".

Los que quieran revisar ese artículo, que lo hagan por la vía legal que señala la Constitución misma. De otro modo, no. También nosotros, los socialistas, queremos revisarlo; pero en otro sentido aún más laico: disolviendo todas las órdenes religiosas y nacionalizando sus bienes, como han hecho en Rusia y Méjico. Sólo así iremos haciendo de España una República de trabajadores de una sola clase y no de todas clases, como nos obligaron a decir sofísticamente en la Constitución, falseando la propuesta socialista original. Pues no hay más que una clase de trabajadores: los que viven de su esfuerzo. Y no los que viven del esfuerzo ajeno.

Por esto se nos llama sectarios y anticatólicos. Sea. En esto representamos el sentir de la inmensa mayoría de los españoles. Cuando Azaña afirmó que España había dejado de ser católica, sólo dijo una verdad a medias. España no ha sido nunca católica. Habrá sido, y en parte lo sigue siendo, fetichista, adoradora de vírgenes y santos que simbolizan cultos y mitos de origen asiático y africano; pero no católica. El español creyente querrá a lo sumo que le dejemos sus fetiches locales, y de momento nosotros no tenemos ningún interés en arrebatárselos: ello será obra de una ilustración progresiva; pero le tienen sin cuidado la teología y los dogmas del catolicismo.

(*Continúa en la pág. 2.*)

SILUETAS DEL MOMENTO

EL GRAN ESTERILIZADOR. — *¡Ya está D. Diego donde quería! ¡Cuánto regocijo le produjo a Cayetano "el Botas" cuando se enteró de que su paisano iba a ser el gran esterilizador de la conciencia liberal! Pero el que manda manda en toda tierra de garbanzos, y nadie podía discrepar de lo que hiciera el llamado jefe, que, aunque esterilizado por los años, proclama que no se chupa el dedo.*

El trío andaluz anda en marcha porque le inspira el Sr. Cayetano, que en eso de las combinaciones es un "hacha", según el léxico flamenco. De algo le tenían que servir aquellos años pasados en contacto directo con los grandes mercaderes; pero el pueblo, que es tan sencillo en eso de los sobrenombres, cuando los ve juntos exclama: "Ahí van tres duros sevillanos", porque no concibe que todos los andaluces no sean de Sevilla.

La esterilización se puso en moda cuando, en un país europeo, un hombre pensó en castrar a los demás mirándose a sí mismo. Pues bien: en España, salvo Salazar Alonso, al cual suponemos esterilizado, los demás permanecen con libertad para privarse de la hombría; pero ahora, porque los tres "duros sevillanos" se empeñan, se llegará no a la castración germana totalizada, pero sí a la anulación de la personalidad preconizada por quienes tienen del sexo un sentido particular y simplista.

Tenemos varios tipos de don Diego en la Historia, que, comenzando por el padre del clásico Don Juan, tipo hosco y huraño, que no concebía cómo podía conquistarse a la doncella sin escandalizar a la religión, pasa por el famoso Corrientes, flor de la majeza bandolera, para terminar con ese tipo corriente de "el lindo don Diego", tan vulgar que, después de exprimir su cerebro, saca unas gotas de ideas, que, bien catalogadas escrupulosamente, dan como resultado la esterilización como medida salvadora de las nuevas generaciones.

Si aquel Diego Corrientes levantara la cabeza, pensaría, ciertamente: "¡Qué malos paisanos tengo!" Porque sabido es que se lanzó a la sierra para combatir la injusticia, cosa que todos los lindos don Diegos sucesores suyos no tuvieron la majeza de hacer, ya que se sirvieron para sus fines de los esterilizadores del pueblo.

"¡Mirad al Sr. Cayetano con sus nuevos brodequines!", dicen las mozas. Y el compadre piensa para sus adentros: "¡Seréis mías después que Diego ejecute su plan!" Y, repartiendo sonrisas, hace que los que no querían verle se fijen en él haciendo un comentario jocoso sobre los elásticos de los cubrepiés.

Pero todas las ideas no ejecutadas con limpieza tienen sus quiebras, y ésta patrocinada por los tres "sevillanos" es fácil que sea impedida a tiempo, porque la facilidad de ejecución está clara siendo a ellos a los que se esterilice.

"¡Al que menee la lengua se la corto!" — decía un alcalde andaluz que se llamaba Diego —, y toda su manía era descubir conspiraciones entre los vecinos, hasta que un día se encontró gesticulando fuerte a un mitad mudo y mitad cojo, al que, después de encerrarle, como no podía cumplir lo dicho, se limitó a darle palmetazos en las plantas de los pies, y desde entonces, los vecinos, cuando veían al alcalde, exclamaban: "¡Paso al cortador de calzado!"

Lo mismo podría sucederles a otros que son mandados por sus amos para que esterilicen a los que no piensen como ellos.

P.

DEPORTE PROLETARIO

EL "TENNIS" EN LA U. R. S. S. — El "tennis" ha conquistado un terreno firme en la U. R. S. S. y una posición envidiable entre los demás deportes. Por la circunstancia de que el jugador de "tennis" practica también otros deportes, se comprende que tiene que diferenciarse notablemente del tipo de los jugadores prerrevolucionarios y que ha dejado de ser un juego aristocrático, privilegio de la clase capitalista, para convertirse en un juego de masas. Se observa un desarrollo rápido del "tennis" en las ciudades provinciales, así como en las capitales. En las nuevas ciudades socialistas, como Mognitogort, Dneprostoi, y en los centros obreros del Ural y de la cuenca del Donetz, ha empezado la organización de nuevos campos de "tennis", e incluso en una región tan lejana como Tadgikistan se practica este deporte tan interesante.

El "tennis" soviético empieza a vivir hace quince años. En 1918 se organiza en Moscú el primer campeonato, que es ganado por Verbitski, siendo después abandonado, durante la época de la guerra civil, para volver a renacer en 1922, organizándose encuentros entre Moscú y Leningrado, y campeonatos en ambas capitales. En 1924 se celebra el primer campeonato de la U. R. S. S., que es ganado por Staliarov, título que le es arrebatado por Kudriavtzov, que conserva el título durante siete años. En 1927 acude por primera vez a un torneo obrero internacional que se celebraba en Berlín, en el cual participaban, además de la U. R. S. S., Francia, Alemania, Letonia, Austria y jugadores y equipos de otros países. El campeonato por equipos fué ganado por la U. R. S. S.; el de "single" para hombres, por Kudriavtzov, y los dobles, por el anterior y Ovanerof, y el femenino "single" por Tepliakova, todos de la U. R. S. S.

El número de jugadores crece cada vez más, y el porcentaje de obreros también aumenta, así como su calidad. El número de los que poseen la insignia P. T. D. también crece entre los jugadores de "tennis", participando éstos en la vida pública y política del país.

Los jugadores rusos realizan frecuentes viajes por las Repúblicas vecinas y contribuyen de esta manera al desarrollo del juego a través de las provincias.

La enseñanza del "tennis', suministrada en escuelas especiales, alcanzará sin duda un resultado positivo y puede servirnos de ejemplo para sostener nuestra juventud deportiva, instruirla, llamar la atención sobre sus errores, animarla en sus éxitos y hacer todo lo posible para que nuestra juventud proletaria se encuentre en un plazo próximo en la situación que merece por los esfuerzos que realiza para alcanzar su liberación.

El espíritu de los trabajadores

Por obligaciones de mi empleo he visitado muy recientemente numerosos pueblos de tres provincias. Naturalmente, he hablado con camaradas en todos ellos al visitar los centros obreros, y no encontré un solo hombre que, al expresar su pensamiento sobre el momento político actual, no hablara con entusiasmo inmenso del compañero Largo Caballero, y no recordara con extraordinaria complacencia los escritos llenos de vida de *El Socialista*. Esto refleja un estado de opinión tan unánime, tan concreto, que por sí solo obliga a encauzar nuestras actividades políticas en la dirección que aquéllos indican, porque sería ilógico suponer que al resto de las poblaciones obreras españolas no las domina el mismo entusiasmo, ni las complace la misma tendencia, siendo el motivo originario un hecho nacional que llega, por medio de sus efectos, desde el Parlamento hasta el más humilde Ayuntamiento rural.

La política nacional se ha simplificado, a mi juicio, en tal forma, que a los ojos más miopes les es dable divisar todo el campo de combate. Son dos ejércitos poderosos que se disponen a luchar decisivamente. A ambos les domina una misma ambición: el dominio absoluto, el aniquilamiento del enemigo. El proletariado, de un lado, y la burguesía, del otro, saben muy bien que para subsistir les es preciso dominar; este hecho tan simple, y a la vez inmenso, ha conseguido poner en inteligencia mentes dispares por su capacidad, por sus conocimientos. El experimentado luchador, el maestro, concibe la solución del problema lo mismo que el discípulo; rara vez se habrá visto semejante igualdad de criterio, en un sentido genérico, en problema de tanta complicación en el fondo como es el de procedimiento; pero es que tal vez no haya vivido el proletariado español momentos tan decisivos como los presentes.

La burguesía española, hasta el año 1931, no sabía de fuerzas que pudieran sustituirla con ventaja en la gobernación del país. Ahora que las conoce y sabe dónde están, busca la manera de destruirlas por la violencia, porque son fuertes y no se dejan destruir por otros medios más fáciles. Al proletariado incumbe, pues, buscar

(*Continúa en la pág. 3.*)

El Comité nacional del Sindicato ferroviario ha ratificado su posición reformista, aunque con la condición de someterla a referéndum entre sus afiliados. Seguimos manteniendo nuestro comentario anterior, y recordamos nuevamente a los jóvenes socialistas la obligación en que están de identificar la táctica del Sindicato Ferroviario con la posición revolucionaria del Partido Socialista.

Los periódicos fascistas piden el desarme de los trabajadores. El Gobierno extrema las medidas para lograrlo. Mientras tanto, se devuelven a los somatenes las armas recogidas al advenimiento de la República y se expiden licencias a todo pasto.

¡Aun hay clases!

La identificación de la Unión General de Trabajadores con el Partido Socialista produce verdadero terror en la prensa burguesa

En nuestro número pasado ofrecimos comentar la actitud de la Ejecutiva de la Unión General de Trabajadores a la vista de los acuerdos del Comité nacional de dicho organismo. Conocidos éstos, creemos que el comentario sobra. Recogemos, sí, algunos juicios de la prensa burguesa, que muestran el terror que en ella ha producido el nombramiento de una Ejecutiva de la Unión General de Trabajadores solidarizada con el Partido Socialista.

He aquí el comentario de «El Sol»:

«Con estas decisiones, el Socialismo se dispone a salirse completamente del régimen; dicho de otro modo, de la legalidad. Prefiere la aventura de resultados inciertos a continuar siendo un partido que pese, con su fuerza indiscutible, en la política de la República. La aventura puede tener feliz éxito; puede también ser un fracaso. Los fracasos en estas aventuras casi nunca son fracasos a medias, sino rotundos, catastróficos. En este caso, no muy improbable, quedaría deshecha en un momento, por la belicosidad repentina de un líder, la gran obra, lenta y costosa, del Socialismo español. En adelante, el Socialismo perdería todo el influjo político que hoy tiene, aun desde la oposición, por pequeño que lo quieran pintar los interesados en este viraje revolucionario. Sin descontar la posibilidad de que se produzcan reacciones en contra con doctrinas y tácticas que en otros países se han mostrado eficacísimas en paralizar movimientos semejantes. Este es el otro peligro, igualmente cierto, a que nos expone — no sólo al Socialismo, sino a todos — la decisión revolucionaria de formar frente único con lo más anárquico y caótico del extremismo español.»

A través de este «consejo amistoso» de «El Sol» se adivina un pánico bastante considerable. No menor es el que hay en esta estampa negra con que «A B C» describe lo que sería la revolución para los socialistas, o mejor dicho, lo que ese diario quisiera que fuese:

«El Socialismo de por sí, y aun contando con la mayoría de la Unión General de Trabajadores, no puede lanzarse a la revolución. Necesitaría la actitud adicta y activa de la Confederación, de los comunistas, de los anarquistas. Ni éstos ni los sindicalistas pueden unirse a ellos sin un pacto que les garantizase la dirección y el Poder. Sindicalistas, anarquistas y comunistas quieren para sí la victoria, porque propugnan una sociedad y un Estado que no es el menchevique. Admitida, sin embargo, la conjetura inverosímil del "frente único" — real y totalmente del frente único —, el desenlace, como se mire, sería el aplastamiento del Socialismo, la derrota de la Unión General de Trabajadores, con todas sus consecuencias. En la hipótesis, que no admitimos, del triunfo, no sería el triunfo para el Socialismo, porque se lo disputarían, con ventaja por sus hábitos y condiciones de acción, sindicalistas y anarquistas. No nacería la España socialista, sino la España sindicalista y anárquica, barriendo al Socialismo y pulverizando sus filas directivas y sus mandos.»

«El Liberal» dice, verdaderamente horrorizado:

«No exageramos si decimos que causó ayer verdadera sensación, no ya el acuerdo de los socialistas madrileños destituyendo al Comité de su Agrupación, SINO EL ACUERDO DEL COMITE NACIONAL DE LA UNION GENERAL DE TRABAJADORES al admitir la dimisión DE LA COMISION EJECUTIVA QUE PRESIDIA D. JULIAN BESTEIRO...

Lo de las dimisiones es para "guardar las formas"; pero está claro: la Comisión ejecutiva de la Unión General de Trabajadores ha sido destituída por su Comité nacional.

Razón de una resolución tan extrema es que en el Comité nacional se ve con agrado la actuación del Sr. Largo Caballero, y que, al expresarlo así, lo hizo sin la menor reserva, dando a su acuerdo todo el sentido de un voto de censura para la tendencia contraria.

En distintas ocasiones hemos dicho: "¡Ni Soviet ni fascio!" Cada día es mayor el peligro; pero lo es porque no se gobierna como se debe gobernar en estas circunstancias; existe el peligro del Soviet o del fascio porque no se abre el cauce constitucional para que por él discurra libremente la voluntad nacional.»

He aquí lo dicho por «El Debate»:

«Cubierta, tan rápidamente como decimos, la primera etapa del recorrido, el Sr. Largo Caballero se dispondrá, desde luego, a emprender la siguiente. Y esta siguiente es lanzar a las organizaciones sindicales, movidas por el Partido, por el camino de la violencia a la conquista del Poder, que luego ejercerá en dictadura. No hablamos por nuestra cuenta; la frase del Sr. Largo, en uno de sus últimos discursos, es textualmente ésta: "El proletariado no tiene otra salida más que la violencia para imponerse y la violencia para sostenerse después de haberse impuesto." El hombre que así hablaba, no hace un mes todavía, es el que ahora triunfa y queda con los suyos al frente de una organización que puede hacer efectivas aquellas amenazas.

El "disco rojo", la revolución sangrienta, a la rusa, en el propósito de muchos, está próxima. Para que no llegue a estarlo también en los hechos será menester que, cuantos no lo quieren, se apresten con diligencia a combatirla. Pero de esto hablaremos con más espacio.»

«Ahora» pide el frente único de derechas:

«Frente a estos propósitos, que ni siquiera se recatan, antes bien, se declaran jactanciosamente, porque el pregonarlos sirve de banderín de enganche, un sector considerable de las derechas ejercita su esfuerzo no ciertamente en la defensa de los ideales e intereses amenazados por el alud revolucionario que se le viene encima, sino en el ataque más o menos subrepticio al régimen constituído, único reducto sólido y seguro desde el cual se puede dar la batalla al enemigo común con alguna garantía de éxito. Pensar a estas alturas en una restauración monárquica, cuando las masas proletarias están fraguando el frente único para apoderarse por la violencia de los resortes de mando del Estado, constituye un error político de tal magnitud que llega a extremos de aberración. Algún día advertirán el yerro presente. Quizá sea tarde entonces para enmendarlo.»

«Informaciones» llega a pedir más:

«Tiene, por tanto, para nosotros el hecho del triunfo de una u otra tendencia solamente un valor: el de la manifestación pública de que la Unión General de Trabajadores, agrupación profesional apolítica, exclusivamente societaria, se haya convertido, en manos de los socialistas, en una organización revolucionaria.

Porque este hecho evidente, al trastrocar los fines de esa organización, cambia totalmente su situación legal, y es misión del Gobierno, en defensa del Estado, tomar medidas para situarla en su nueva esfera.

Porque la Unión General de Trabajadores, como agrupación profesional, ha recaudado fondos, copiosos fondos destinados a una función exclusivamente social, y de esos fondos tiene el Gobierno el deber de incautarse para evitar que sean destinados a fines ilícitos, no sólo por ilegales y revolucionarios, sino por ser distintos a aquellos para que fueron recaudados.

Pero esto ya, ahora mismo, cuanto antes. Sin dar tiempo a malos usos, a ocultaciones ni escamoteos.»

Así se ha producido la prensa burguesa. Reproducir sus palabras, en ésta como en otra ocasión, es el mejor comentario. Podemos estar satisfechos.

España es anticatólica

(*Viene de la pág. 1.*)

En el español se aunan un fondo idolátrico y supersticioso y un odio secular al clero, especialmente a las órdenes religiosas. Muchos sedicentes liberales del tipo de Unamuno se escandalizan de una medida tan nimia y tan incompleta como la disolución de los jesuitas, sin haberlos expulsado, como era necesario, olvidando que hace ciento sesenta y cuatro años, en 1767, Carlos III arrojó a los jesuitas de España, enviándoselos embarcados al Papa, y se incautó de las casas y colegios que tenían en 117 pueblos — ¡en 117 pueblos! —, sin que temblasen las esferas ni ocurriera nada.

Y los que se enfurecen tanto por la quema de unos pocos conventos en mayo de 1931, se olvidan también de los incendios del pasado siglo, señaladamente los de 1834 y 1835, ocurridos en Madrid y en gran número de provincias, y seguidos de feroces matanzas de frailes. Lo cual obligó al Gobierno de aquella catolicísima monarquía a disolver casi todas las órdenes religiosas y a confiscar sus inmensos bienes.

¿Sabéis cuántos monasterios y conventos fueron desalojados y expropiados? ¡Mil novecientos! ¿Y aún se quejan los católicos de la segunda República española y la acusan de persecutoria?

Al recordar estos datos no quiero decir, claro es, que se deban quemar conventos ni matar frailes. Los socialistas no deseamos la destrucción de nada ni de nadie. Los conventos los necesitamos para escuelas y otros servicios públicos, como se ha hecho en Méjico. Al exhumar esos hechos del pasado siglo he querido patentizar que tales medidas draconianas de los Gobiernos de entonces, ni semejantes incendios y matanzas, hubieran sido posibles en un país verdaderamente católico. España no lo es. No hay que confundir el fetichismo con el catolicismo. El pueblo español ignora la Iglesia de Roma. Por lo tanto, todos los tratos de la República con el Vaticano son no sólo inconstitucionales, sino antinacionales.

España es el país más anticlerical y más antimonástico del mundo. Aborrece el poder temporal del clero y, sobre todo, el de las órdenes religiosas, como lo ha demostrado reiteradamente en el curso de la Historia. Es profundamente laico frente a una Iglesia que hoy no es más que un instrumento de las oligarquías tradicionales. Ese fué uno de los sentidos de la revolución del 14 de abril, y si ahora el Gobierno quiere falsear la voluntad expresada entonces, violando el artículo 26 de la Constitución, para satisfacer al capitalismo agrario, no sólo se comete una ilegalidad, sino que se lanza una provocación peligrosa a un pueblo que históricamente ha demostrado ser harto propenso a tomarse con la Iglesia la justicia por su mano.

"Informaciones" pide al Gobierno que se incaute de los fondos de la Unión.

¡Y un jamón!...

(*Viene de la pág. 2.*)

a su vez medios defensivos, y justo es reconocer que no ha encontrado más que uno con garantías de efectividad.

Algunos destacados camaradas, tal vez dominados por su indudable cariño a nuestra organización, ven aumentados los peligros que se anteponen a la única solución, sin acordarse de que el no aplicar ésta equivale a otros insuperablemente mayores. Y a estos compañeros, yo, desde mi insignificancia, les digo: Nuestro organismo director sigue un camino; le acompaña, indudablemente, la masa obrera organizada, y, en honor a nuestro clásico proceder, todos los militantes tenemos una misma obligación que cumplir, la que hemos tenido siempre: respetar la voluntad de la mayoría y acatar y cumplir sin reservas las órdenes de los que pusimos en los cargos directivos. Debemos acatamiento a la voluntad unánime de nuestras masas de hombres disciplinados, enérgicos, indomables cuando adquieren un convencimiento. Que ninguno de nosotros, ni aun amparándose en preceptos estatutarios, actúe en nombre de esas masas en contra de lo que es su voluntad; porque las leyes (para nosotros lo son los estatutos y reglamentos) tienen siempre variada interpretación; pero la voluntad de un pueblo, constante, libre y unánimemente manifestada, no tiene más que una: la que dicen hombres que no saben hablar más que con el corazón.

NABRAM

Don Marcelino Domingo sigue diciendo que hay que hacer la revolución dentro de la legalidad.

Pero ¿es posible que este hombre haya sido miembro de un Comité revolucionario?

La verdad, no somos capaces de imaginárnosle más que con un cazamariposas persiguiendo insectos por el Botánico.

Y conste que no le queremos molestar.

Temas sindicales

Los conflictos sociales en Madrid

Se nos había prometido, incluso por el propio Sr. Lerroux, que cuando él gobernara renacería la paz espiritual en todos los españoles, que, posesos de una intensa euforia, se entregarían a la adoración del Mesías radical. Sin embargo, la suerte no ha querido acompañar al ex emperador del Paralelo. Así, en Madrid no sólo no se ha conseguido la ofrecida pacificación, sino que, por el contrario, se ha exacerbado más la pasión de sus habitantes. La prueba de ello son las huelgas—todas ellas de importancia—que en estos momentos se desarrollan en la capital de España y aquellos otros conflictos cuya manifestación más extrema es inminente.

Cerca de tres mil quinientos obreros de la construcción se han visto obligados a abandonar el trabajo como consecuencia de la cerril intransigencia en que se han situado los elementos patronales, interesados, al parecer, en que el proletariado emplee sus fuerzas en estos movimientos, quizá con el obscuro designio de que pierdan la fortaleza que les será necesaria e indispensable para acciones próximas de una mayor envergadura. El despido de unos obreros y la negativa de los patronos a establecer turnos de trabajo que garanticen ocupación a todos los trabajadores que hasta ahora venían empleando han hecho que el personal de las Empresas Hormaeche y Fomento de Obras y Construcciones se lanzara a un movimiento huelguístico, cuya iniciación es de todos conocida, pero cuyas consecuencias son difíciles de prever, aunque no imposibles de sospechar. Creer que en estos momentos puede condenarse al hambre impunemente a millares de trabajadores no deja de ser un peregrino pensamiento, aun en estos momentos en que se da estado legal a los mayores anacronismos. Porque los trabajadores, aun en régimen de excepción como el actual, tienen un procedimiento para hacer valer sus derechos: la huelga eficaz y oportunamente empleada.

Junto a las huelgas de la construcción, el conflicto de los camareros —viejo pleito que lleva camino de eternizarse— y la huelga en el taller de ebanistería del Sr. Herráiz son la prueba concluyente del estado de descomposición a que ha llegado en España el régimen republicano, desvirtuado por completo por quienes más obligados venían a velar por su pureza. Para nosotros, todos estos movimientos huelguísticos que provocan con su intransigencia los elementos patronales no son sino una maniobra política, inspirada y seguramente dirigida por los enemigos conscientes e inconscientes de la República. Se pretende con la provocación de estas huelgas crear un estado de opinión falso que justifique lo que tanto anhelan la reacción y el capitalismo: un Gobierno «de fuerza», es decir, una dictadura. La maniobra, pues, está clara. Madrid, convulsionado por estos movimientos, es el exponente claro de la situación real de España. La ofensiva sangrienta y feroz desencadenada contra las masas proletarias ha de producir necesariamente la reacción de éstas. Todas las huelgas en curso prueban el grado de conciencia revolucionaria del proletariado madrileño, norte y guía de los trabajadores españoles. Sin embargo, los inspiradores y realizadores de esta ofensiva no han meditado las consecuencias que para ellos puede tener. Creer que a una revolución se la desarma persiguiendo a sangre y fuego al proletariado no pasa de ser una insensatez. Por el contrario, cada latigazo que se descargue sobre el proletariado es un nuevo motivo que mantiene vivo el espíritu revolucionario de las muchedumbres.

Madrid, vanguardia del proletariado ibérico, vibra y se agita en estos momentos. Las convulsiones son un síntoma inequívoco del estado revolucionario que está viviendo España. Las masas obreras, convencidas de que nada pueden esperar ya de esta monarquía sin corona, se aprestan cada día con más entusiasmo a conquistar revolucionariamente el Poder, único medio de terminar con esta desigualdad social. Las huelgas en rumbo son, para nosotros, los prolegómenos de la batalla decisiva que muy en breve será preciso emprender. Para cuando esto llegue se precisa algo fundamental, a saber: unos Sindicatos profundamente revolucionarios identificados por completo con el Partido Socialista. Misión de los jóvenes es, por tanto, crear este espíritu en sus organizaciones respectivas, preparando así los órganos eficaces de la insurrección proletaria.

Modos y lenguajes

El «A B C» bate su propio récord

La degeneración progresiva de la aristocracia y la gran burguesía españolas es tan evidente que basta acercarse a las planas de sus periódicos para comprobarlo. Podría coleccionarse una antología de la mentira y la calumnia con la mayoría de los artículos políticos de esa prensa. Porque los artistas de la procacidad y el insulto se han refugiado todos en esas hojas del odio y de la bajeza, que, como A B C, *tan alto y claro hablan por una clase de invertidos morales.*

El último trozo para la aludida antología lo ofrece el órgano alfonsino en su editorial del miércoles. Con él honra a la monarquía, que en la columna inmediata es homenajeada como en los tiempos de su sangrienta dominación.

Las declaraciones del gobernador apóstata Valera Valverde, que no tienen nada de cargo, aun siendo muy dudosas, contra el Gobierno que el 10 de agosto de 1932 se vió traicionado por caballeros que habían jurado fidelidad al régimen y al Ministerio, sirven al A B C *para tejer deplorables inexactitudes. Ahora resulta que aquel Gobierno fué cruel e inhumano con los sublevados. ¡El Gobierno que indultó a Sanjurjo y a quien éste, por lo tanto, debe la vida! Dice Valera Valverde que el ministro de la Gobernación ordenó fuera bombardeada la casa en que se ocultaba el cabecilla. Esta noticia del ex gobernador saca al periódico plutocrático de sus casillas. ¿Qué era eso de "destruir la casa y a los moradores que por su amistad u hospitalaria cortesía acogieron al ilustre soldado"? La sensibilidad del* A B C *no resiste que ello hubiera podido ocurrir. Hay en su Empresa y en su Redacción almas muy delicadas que, si incitaron al fusilamiento de Ferrer, a la matanza de obreros en Cataluña; si llevaron a la muerte a miles y miles de españoles en las arenas marroquíes, no podían sufrir que a un general sublevado, jefe de un movimiento que en Madrid sacrificó canallescamente a unos pobres soldados de la Remonta, intentara reducirlo el Gobierno por la violencia, supuesto que diga verdad el Sr. Valera Valverde.*

Piadoso y objetivo, el A B C *no llama en su editorial a aquel Gobierno el "equipo de Casas Viejas". Le llama, con palabra que denota un fuerte sentido de la justicia y del buen gusto, el "equipo carnicero". Cada día nos depara el colega una sorpresa con su lenguaje, que es variadísimo y extremadamente culto. Cuando creemos que en un artículo ha batido su própio* récord, *que es imposible más vileza, nos sorprende con giros originales y calificativos sobremanera edificadores. Ya no se conforma con hablar del "bienio ominoso", ni de la "feroz dictadura socialista", ni del "Gobierno del crimen", ni del "equipo de Casas Viejas". Ahora exhibe ese verdadero hallazgo del "equipo carnicero", que indultó al general Sanjurjo.*

¿Es eso sólo lo que hay de lamentable en el editorial del A B C? *En modo alguno. Ya al final, ensarta la pluma del sereno articulista esta frase: "y el 11 de agosto un avión oficial condujo a Sevilla a tres diputados socialistas, que, cuando ya no había riesgo ni enemigo, realizaron allí la faena de incendios y saqueos..."*

Nuestro Partido y los obreros españoles extraerán de ese trato la consecuencia de rigor: no se puede ser humano con las hienas de la burguesía y la aristocracia. Para el dies irae, *que acaso aguarda a España, tomemos esas enseñanzas. Cuando una clase que no quiere resignar su hegemonía tiene una ponzoña por corazón, ¿qué puede esperarse de ella?*

Decimos a los comunistas que el frente único con ellos no podrá ser hasta que depongan su campaña de injurias contra el Partido Socialista.

De nuestros labios y de nuestra pluma hace ya mucho tiempo que no sale un solo ataque contra ellos.

¿Es que no quieren el frente único? Pues las masas los arrollarán.

FANTOCHES DE GUIÑOL

Los agrarios

El agrario es un producto híbrido de la Naturaleza, y al mismo tiempo de extraña originalidad. Así como las focas se dan en los mares fríos, los agrarios se dan solamente en España, de modo principal en Castilla, tierra famosa por sus garbanzos, y así se dice: garbanzos de Fontiveros, judías del Barco de Avila y agrarios de Valladolid y Salamanca. Quizá en otros países, en la misma Inglaterra, o en Francia, se produzcan extrañas agrupaciones políticas que quieran semejarse a nuestros agrarios españoles; pero una imposibilidad fundamental se lo prohibe. El agrario extranjero lo es porque, mucho o poco, se preocupa de los problemas del campo y sus posibles soluciones. Pero el agrario español no. Nuestros agrarios se llaman así porque se producen en el agro, en las huertas, en las tierras de secano, como las patatas, las calabazas o el centeno. Yo he podido observar la maravillosa germinación de un agrario con el mismo interés que un sabio bacteriólogo contempla una siembra de microbios. Tienen, como las cebollas, una cresta de largas hojas verdes, de las que hay que tirar suavemente hasta arrancarlas de tierra, y al final, en el subsuelo, aparece el agrario, a quien hay que someter a diferentes operaciones de lavado y limpieza, hasta colocarle en situación de presentarse al Parlamento.

El cultivo del agrario es delicado, como el del arroz, y necesita una especial temperatura para crecer y reproducirse. En los pueblos de Castilla, donde los caciques mandan a su antojo, encuentran una rica tierra para su reproducción. Si además de esto el pueblo tiene cualidades religiosas; es decir, un cura que haga mangas y capirotes de lo humano y lo divino, ya es tanto como una explosión de felicidad para reproducirse. La existencia de una Sociedad obrera católica es el abono o mantillo que hace más fructífera la tierra. Como estas cualidades no se dan en todos los terrenos, tiene Castilla, por eso, el índice más elevado de producción. Sin embargo, cuando se celebraron las elecciones de diputados a Cortes, el Gobierno Lerroux desarrolló un plan de cultivo intensivo para la cría y producción de agrarios. Es una idea que venía cociéndose en su cabeza desde la aprobación de la ley de Reforma agraria. Lerroux tiene acerca de la producción agrícola un criterio absorbente y totalitario. Cree necesario aumentar la producción de frutos indígenas que otros países, por su originalidad, puedan comprar a buenos precios. Es una manera de nivelar la balanza comercial como otra cualquiera. Por eso, desde el ministerio de la Gobernación, el inefable astur que lo regentaba cursó órdenes a todos los gobernadores de realizar una siembra de agrarios durante el período preelectoral. Pocos días necesitaron para reproducirse, porque el cariño ministerial y otros abonos que no vienen a cuento los hicieron florecer rápidamente. El día 19 de noviembre se realizó la cosecha. Los arrancaron de la tierra, les pelaron las verdes hojitas y, en un mercancías, en pequeña velocidad, fueron trasladados al Parlamento, donde se ha instalado una exposición agrícola permanente, del mismo modo que puede realizarse una exposición canina o de aparatos de radio. Cuidadosamente catalogados están los productos agrarios en sus bancos respectivos. Hay diferentes clases, castas y pelajes. La entrada es gratis completamente para niños y militares sin graduación.

DIOGENES

LITERATURA REVOLUCIONARIA

León Tolstoy, espejo de la Revolución rusa (1)

Puede parecer, a primera vista, extraño y artificioso unir el nombre del gran artista a la revolución que no ha comprendido, y de la cual se ha desentendido visiblemente. No puede llamarse espejo de un fenómeno aquello que no refleja exactamente ese fenómeno. Pero nuestra revolución es algo extraordinariamente complicado; en la masa de sus participantes y de sus realizadores había muchos elementos que, como Tolstoy, no comprendían lo que pasaba, que se desentendían, como él, de las verdaderas tareas históricas impuestas por el desarrollo de los acontecimientos. Y, si nos las habemos con un artista verdaderamente grande, en sus obras debemos encontrar reflejados algunos de los rasgos esenciales de la revolución.

La prensa rusa legal, llena de artículos, de cartas y de noticias con motivo del ochenta aniversario de Tolstoy, no se interesa en analizar sus obras desde el punto de vista de la revolución rusa y de sus fuerzas motrices. Toda esta prensa está llena de hipocresía hasta producir náuseas. De una doble hipocresía: hipocresía de Estado e hipocresía liberal. La primera es la grosera hipocresía de los escribidores venales que tenían ayer orden de perseguir a Tolstoy y que hoy tienen la orden de buscar en él al patriota y de guardar las formas ante Europa. Que los escritos de estos escribidores están pagados, lo sabe todo el mundo. No están en situación de engañar a nadie. Mucho más refinada, y, por esta causa más peligrosa, es la hipocresía liberal. De hacer caso a estos charlatanes, su simpatía hacia Tolstoy es calurosa y completa. De hecho, esas pesadas declaraciones y esas frases redundantes sobre «el gran buscador de Dios» no son más que falsedad; porque el liberal ruso no tiene ni fe en el Dios de Tolstoy, ni simpatía por la crítica de Tolstoy contra el régimen existente. El liberal ruso trata de unir su suerte a un nombre popular para multiplicar su pequeño capital político, para desempeñar el papel de jefe de la oposición pannacional. Trata de ahogar, bajo la ruidosa tormenta de sus frases, la necesidad de una respuesta directa y clara a la pregunta: «¿De dónde vienen las chillonas contradicciones de los seguidores de Tolstoy? ¿Qué debilidades y qué defectos de nuestra revolución reflejan?»

Las contradicciones en las obras, las opiniones y las doctrinas de la escuela tolstoyana, son patentes. Por una parte, un artista de genio, que no solamente ha pintado cuadros incomparables de la vida rusa, sino que ha dado a la literatura mundial obras de primer orden. Por otra, un propietario latifundista haciendo de «humilde en Cristo». De una parte, una protesta notablemente enérgica, directa y sincera, contra la hipocresía y la falsedad sociales; de otra, un tolstoyano, es decir, un pequeño histérico gastado llamado «intelectual ruso» y que se da golpes de pecho en público diciendo:

—Soy malo, soy un villano; pero me ocupo de mi autoperfección moral. No como carne y me alimento, desde hace tiempo, de chuletas de arroz.

De una parte, la crítica más despiadada a la explotación capitalista, denuncia de las violencias de Estado, de las comedias de los Tribunales y del Gobierno; denuncia profunda de las contradicciones entre el aumento de la riqueza, las conquistas de la civilización y el progreso de la miseria, el salvajismo y los tormentos de las masas trabajadoras. De otra parte, el «humilde» que predica la no resistencia al mal por la violencia. De un lado, el realismo más racionalista; de otro, la predicación de una de las cosas más innobles que haya en el mundo, a saber: la religión; la tendencia a reemplazar los popes-funcionarios del Estado por los popes de convicción.

Es evidente que con parejas contradicciones Tolstoy no podía comprender el movimiento obrero y su papel en la lucha por el Socialismo, ni la revolución rusa. Pero las contradicciones en las opiniones y doctrinas de Tolstoy no son casuales. Son la expresión de las condiciones contradictorias en las cuales estaba encerrada la vida rusa durante el último tercio del siglo XIX. La campiña patriarcal, sólo desde ayer liberada de la servidumbre, había sido literalmente entregada al pillaje por el capital y por el fisco. Los antiguos principios de la economía y de la lucha campesina, mantenidos durante siglos, fueron demolidos con rapidez increíble. Conviene valorar la contradicción en las opiniones de Tolstoy, no desde el punto de vista del movimiento obrero contemporáneo y del Socialismo moderno — tal valoración es indispensable también, pero no basta —, sino desde el punto de vista de la protesta contra el capitalismo en marcha, contra la ruina de las masas despojadas de tierras. Tolstoy es ridículo en tanto que profeta descubridor de nuevas recetas para la salud humana. He aquí por qué son dignos de lástima los tolstoyanos extranjeros y rusos que han querido transformar en dogma el aspecto precisamente más débil de su doctrina. Tolstoy es grande, en calidad de portavoz de las ideas y estados de alma originados en millones de campesinos rusos mientras se cumplía la revolución burguesa en Rusia. Tolstoy es original porque sus ideas, perjudiciales en bloque, expresan justamente en su totalidad las particularidades de nuestra revolución, en tanto que revolución burguesa campesina. Desde este punto de vista, las contradicciones en las ideas de Tolstoy son un verdadero espejo de las condiciones contradictorias en las cuales estaba colocada la actividad histórica del campesinado durante nuestra revolución. De un lado, los siglos de opresión de la servidumbre, y las decenas de años de ruina gradual a partir de la abolición de esa servidumbre, habían levantado montañas de odio, de rabia y de propósitos desesperados. El deseo de barrer hasta las fundaciones y la Iglesia del Estado; hasta los propietarios territoriales y el Gobierno de los propietarios territoriales; de anular todas las antiguas formas de propiedad agraria, de limpiar la tierra de sus parásitos, de crear, en lugar del Estado policíaco y de clase, una comunidad de pequeños agricultores libres e iguales; todo este deseo atraviesa, como un hilo rojo, la acción histórica de los campesinos durante nuestra revolución.

De otro lado, el campesinado, tendiendo hacia nuevas formas de comunidad, era absolutamente inconsecuente con lo que podrían ser estas nuevas formas de cuál era el camino para conquistar la libertad y qué jefes debería tener en la lucha. a

La mayor parte de ese campesinado llora y suplica, razona y sueña, redacta memoriales y envía delegados. ¡Todo según el espíritu de León Nicolaevich Tolstoy! Y, como sucede siempre en estos casos, la renuncia tolstoyana a la política, su negativa a la política, su ausencia de interés y de comprensión para la política, ha hecho que sólo una minoría siguiese al proletariado consciente y revolucionario, y que la mayoría se constituyese en presa de esos intelectuales burgueses, serviles y sin principios que, bajo el nombre de «cadetes», corrían de las asambleas de «troudovikis» a la antecámara de Stolypin, hasta que fueron echados de allí a patadas. Las ideas de Tolstoy son el espejo de la debilidad del campesinado patriarcal y de la cobardía innata del mujik acomodado.

Tomad las insurrecciones de soldados de 1905-1906. La composición social de esos luchadores de nuestra revolución es intermediaria entre el campesinado y el proletariado, éste último en minoría. He ahí por qué el movimiento entre las tropas no muestra, ni de lejos, este espíritu de cohesión, esta conciencia de partido que manifestó el proletariado, el cual, como a una señal convenida, se convirtió en socialdemócrata.

Por otra parte, no hay opinión más errónea que aquella que atribuye el fracaso de las insurrecciones militares a la ausencia de dirigentes entre los oficiales. Por el contrario, el progreso gigantesco de la revolución desde los tiempos de la «Narodnia Volia» consiste, justamente, en el hecho de que es el soldado raso quien se ha apoderado de los fusiles, este soldado raso cuya independencia ha espantado tan terriblemente a los señores liberales y a los oficiales liberales. El soldalo estaba pleno de simpatía para la causa de los trabajadores del campo. Sus ojos se iluminaban con sólo oír la palabra «tierra». Más de una vez, el poder pasa, en los cuarteles, a manos del soldado; pero ese poder apenas se utilizó. Los soldados dudaban. Dos días después, a veces unas horas después, luego de haber dado muerte a los jefes odiados, entregaban los que tenían prisioneros, entraban en negociaciones con el Poder e inmediatamente se dejaban fusilar, azotar, se dejaban, de nuevo, reducir al yugo. ¡Todo según el espíritu de León Nicolaevich Tolstoy!

Tolstoy ha reflejado el odio nacido de los sufrimientos, el deseo maduro de un porvenir mejor, el deseo de librarse del pasado y la inmadurez de los desvaríos, la carencia de educación política, la blandura revolucionaria. Las condiciones históricoeconómicas explican la necesidad de la lucha revolucionaria de las masas y su falta de preparación para esta lucha, su no-resistencia tolstoyana al mal, que fué la más seria causa de derrota en la primera campaña revolucionaria.

LENIN

(1) La de 1905. Estudio publicado en 1908.

Una pregunta al Gobierno...

¿Cuándo se le van a exigir cuentas estrechas al Banco de España de la constitución del capital de la Caja de pensiones? ¿Y del funcionamiento de la misma?

El capital en cuestión rebasa los cien millones. Son muchos millones para que nosotros silenciemos este «negocio».

Prometemos ocuparnos de él, brindando el asunto a nuestra minoría parlamentaria, por si cree oportuno plantearlo en la Cámara.

Nosotros estimamos que estas cosas hay que plantearlas a la luz del día y de cara al país.

Si existen irregularidades, que los culpables purguen sus faltas.

Hora es de que los trabajadores exijan cuentas a los «rectores» de la «economía nacional» y de la circulación fiduciaria.

Todo se sabe

Por qué se oponen los "faístas" al frente único

Todo se sabe. Hasta lo que ocurre entre las cuatro paredes del despacho de un ministro. Tenemos agentes invisibles que nos informan de las cosas más nimias y de las más transcendentales.

No es para nosotros secreto ni la incontinencia de orina de una alta personalidad de esta República fascistizada. No extrañará, pues, a nadie que conozcamos los pormenores de una importante entrevista celebrada ha días en Madrid.

Es público que el Cobierno prepara una amnistía, cuyo fin primordial es poner en la calle a los del 10 de agosto. Parece ser que la F. A. I. tiene un interés natural en que la amnistía alcance a algunos de sus miembros activos. Para ello, hace días han venido a Madrid, desde Barcelona, dos delegados suyos, con la misión de entrevistarse con el Sr. Lerroux. La entrevista se ha llevado a cabo. En ella los de Barcelona expusieron al jefe del Cobierno los deseos de la F. A. I.

Según nuestras noticias, la entrevista fué bastante cordial. El señor Lerroux respondió que no tenía inconveniente en incluir en la amnistía a determinados faístas. Pero con una condición: que la F. A. I. haga campaña contra el frente único con los socialistas. Con esto considera D. Alejandro que se consolida la situación actual. Lo peor no es eso, sino que los delegados de la F. A. I. han aceptado las condiciones. Y ya se comienza a combatir sañudamente a los socialistas en Barcelona, cuando parecía que se habían depuesto las armas entre los bandos obreros.

El apoliticismo de la F. A. I. nos muestra de nuevo su reverso. Apoliticismo para el exterior, pacto secreto con la burguesía más reaccionaria. En realidad, Lerroux y la F. A. I. son viejos amigos, acostumbrados a estos cambalaches.

RENOVACION, que ansía de verdad el frente único, llama la atención de las masas anarquistas sobre la conducta de quienes las dirigen. Cuando vean a los líderes faístas denostar a los socialistas, decir que con nosotros no es posible el frente único, que sepan que esa campaña es el precio que ha puesto el Sr. Lerroux a la inclusión de varios elementos de la F. A. I. en la amnistía.

* * *

Todo se sabe. Y así no podían escapar a nuestro ojo avizor ciertas «escapatorias» — perdónesenos la redundancia — del venerable fiscal de la República. Para quienes no le conozcan personalmente vamos a hacer su descripción. Es más bien bajo, algo vacilante su andar, por la edad avanzada, con una barbita amable. ¡Viéndole, parece mentira que nos haga migas el periódico todas las semanas! Y parecería más mentira lo que vamos a relatar.

¿Os imagináis a un señor así, esperando una de estas noches —¡con el frío que hace!— en la estación del Norte? ¿Os le imagináis subiendo a un auto con una señora todavía de buen ver? ¿Os lo imagináis cenando con ella, poco después, en un restaurante de Las Rozas? ¿Os le imagináis galanteándola? ¿Os le imagináis, a poco, atemorizado ante la posible llegada del marido de la infiel? ¿Os lo imagináis pidiendo protección a la guardia civil, por si las moscas?

Pues todo eso le ha ocurrido al fiscal, este hombre tan venerable, tan austero, que no perdona a RENOVACION la menor licencia de palabra o concepto.

Ya «El Socialista» se permitió insinuar algo en un suelto titulado «El fiscal y la coma». Conste que en esto de «la coma» no se encerraba ninguna alusión malévola a la conocida sombrerera...

Suponemos, Sr. Marsá, que esta pequeña indiscreción no le reportará ningún disgusto familiar.

El apoliticismo de la F. A. I. nos muestra de nuevo su reverso.

Capacitación revolucionaria

La evolución del proceso histórico, en la mayor parte de los países, está llegando al período crítico que culmina en la revolución social y la conquista del Poder por el proletariado.

Para el normal desenvolvimiento de esta fase decisiva, en que se marca el fin de la vieja sociedad capitalista, que agoniza y se abre una nueva era para la Humanidad—la de la edificación de la sociedad socialista sin clases—, es indispensable una condición: que el proletariado se encuentre suficientemente capacitado para llevar a cabo su misión histórica de realizar esta honda transformación.

Al indicar lo necesario de esa capacitación, no quiero decir que ella tenga que consistir en un determinado grado de cultura, que sobre ser imposible de lograr en el actual régimen económico, a causa de la escasez y deficiencia de los medios con que para adquirirla puede contar el proletariado dentro de dicho régimen, no hay nada ni nadie capaz de establecer con exactitud la medida ni el momento en que ese determinado grado de cultura ha de ser alcanzado.

La capacidad que deberá poseer el proletariado en este momento crítico del hundimiento del capitalismo no es sino la capacidad revolucionaria. Esta capacidad revolucionaria debe existir en todo partido u organización «viva» en donde la propaganda y difusión de las ideas, auténticamente marxistas, hayan creado una sólida conciencia de clase, orientando a los militantes en la interpretación de todos y cada uno de los momentos por que atraviesa el proceso histórico nacional e internacional.

Carecen, en cambio, de capacidad revolucionaria aquellos partidos u organizaciones en los que no ha sido creada esa sólida conciencia de clase o ha sido corrompida por el reformismo. El reformismo es la enfermedad interna que mina a las organizaciones revolucionarias, debilitándolas y conduciéndolas a su total aniquilamiento.

Existía capacidad revolucionaria en el proletariado ruso y en sus dirigentes en octubre de 1917. El caso opuesto es el de la Socialdemocracia alemana y el Socialismo italiano. En Alemania como en Italia, habiendo llegado el momento crítico en que el proletariado podía y debía conquistar el Poder político, se dejó pasar la oportunidad, permitiendo que se produjera no ya una detención, sino un retroceso en la evolución histórica. Con esto no se hizo más que demostrar falta de capacitación para realizar una misión que los momentos requerían. Falta de capacidad, por tanto, en las masas y en sus dirigentes. En éstos, por no saber o no querer actuar de acuerdo con lo que exigían las circunstancias, y en aquéllas, por no ser capaces de escoger y seleccionar los verdaderos intérpretes de su anhelos de emancipación, y en última instancia, por no rebasar y arrollar a los dirigentes en vista de su pasividad.

Capacidad revolucionaria de un partido u organización no es solamente una disposición de ánimo de sus militantes propicia a la lucha violenta por la conquista del Poder en el momento decisivo. Es también el indispensable espíritu de autocrítica interna. Es la selección de los elementos dirigentes, colocando en primer plano a los más enérgicos, inteligentes y decididos, y relegando a segundo término a aquellos otros aptos para labores burocráticas y de colaboración, pero de ningún modo capaces para la acción revolucionaria. Los tiempos de guerra requieren hombres de lucha, y éstos, por regla general, han de ser distintos a los de tiempos de calma.

Dar muestra de capacidad revolucionaria es, por último, organizarse a tiempo y con eficacia, para que cuando llegue el momento decisivo a ningún militante le cojan desprevenido los acontecimientos, y que cada hombre tenga su puesto y cada puesto su hombre.

Todo lo que antecede son puntos de enorme trascendencia, a mi juicio, sobre los que deben fijar su atención las organizaciones obreras en España, dada la proximidad de la lucha en la que se ha de decidir si nuestro país ha de ser el segundo pilar de la civilización socialista nacida en octubre de 1917.

Convencido de que el «frente único» — del que soy ardiente partidario — sólo podrá lograrse por la fuerza de las circunstancias y quizá en el último instante, creo de preferente interés suspender discusiones bizantinas sobre este tema y que cada organización aplique sus mejores cuidados al perfeccionamiento de su propia preparación revolucionaria.

F. F.

"Ahora" pide el frente único de las derechas. ¿Pero todavía más unión entre las derechas? ¿Les parece poca la habida en las elecciones?

Lunacharsky

En la clausura del III Congreso del Comsomol, Lenin debía pronunciar un discurso sobre "La situación internacional y la Rusia soviética". En el último instante cambió ese tema por este otro: "¿Cuál es el deber de los miembros del Comsomol?" De aquel discurso son estas palabras: «No podremos establecer el comunismo más que utilizando la suma de ciencia, el contingente de fuerzas y medios humanos que la vieja sociedad nos ha dejado... Cometéis una terrible falta si pensáis que se puede ser comunista sin haber adquirido antes lo que la ciencia humana ha retenido.»

El realizador de esta consigna no podía se rotro que Anatol Vasilievitch Lunacharsky. Precisamente concebía el comunismo así. Deterrado en Zurich, agitador en Petersburgo, director del plan quinquenal para la cultura, Lunacharsky entendió siempre el Socialismo como una integración de las mejores cosas que ha producido la Humanidad. Su fisonomía política carecía de los firmes rasgos ejecutivos de Sverdlov o Stalin, de los intensos perfiles creadores de Lenin o Trotsky. Por eso la sinuosidad de una vacilación levísima que, por otra parte, jamás rebasó las fronteras de lo permitido a un marxista.

Trotsky — nada amigo de la paradoja — nos ha confesado su propio e íntimo conservadurismo. Hasta piensa que sus hábitos conservadores le llevaron, revolución adelante, al lado de Lenin. Hay ahora muchos hombres capaces de sufrir cualquier desorden antes que éste: la crisis, el paro, la guerra de fronteras, la guerra civil, que nos obligan a tomar por un orden ri-

guroso. De éstos era también Lunacharsky. Su aprendizaje lo hizo en El Capital *y en la escuela difusamente revolucionaria que fué el movimiento literario de los "años cuarenta". Cuajó revolucionario profesional por el doble motivo de una inteligencia despertada a la verdad y de una sensibilidad participante en el deseo de ir al pueblo y educarle. Fué, pues, revolucionario por razones de cultura. Acaso alguien — desde las filas de soldados que hicieron la guerra civil, desde el Comsomol, desde las brigadas de choque — le hubiese criticado duramente, de no estar allí Lenin. Con su salvoconducto pudo comenzar la tarea de organizar la cultura en Rusia.*

Bajo los zares, la inteligencia—para recordar el célebre drama de Griboyedov—traía la desgracia. La biografía de los más destacados ingenios rusos está llena de torceduras del destino, de quiebras del porvenir. Unos versos de blanca crítica, prometedores de un escritor ilustre, se premiaban con veinticinco años de servicios militares, con el destierro a Siberia, con el envío de guarnición al Cáucaso, con la horca. Sobre la cabeza del joven ruso que comenzaba a escribir en los finales de siglo pesaba la tragedia de Lermontov, la de Dostoievsky, la de Herzen, la del propio Tolstói, con apariencias de fortuna.

Lunacharsky vió claro que el régimen político de los artistas y los sabios era el Socialismo. Para él la más hermosa definición socialista fué la que leyera en una carta de Rosa Luxemburgo: "un movimiento de cultura", y la más fecunda arenga soviética la que Lenin dirigió a los comsomolianos con ocasión de su III Congreso.

El plan quinquenal de cultura iba a ordenar la vida de los artistas y del arte. El Estado aseguraría el porvenir, hasta entonces de una tristeza ondulante. Muchos protestaron.

En tanto que el comisario para la cultura esbozaba la nueva vida de los artistas a base de respeto y seguridad en el oficio, de una comida nutritiva y de un cuarto de trabajo claro y limpio, algunos de los mejores artistas jóvenes se alzaban contra todas estas comodidades. Lunacharsky quería acabar con la vida terrible de los artistas en Rusia. Tropezaba con una tradición anarquista y con el prestigio que unos hombres geniales habían dado a la vida desordenada. Ante los propósitos de Lunacharsky de hacer intervenir el Estado en las letras, Zamiatin contestó que la literatura se hacía por jóvenes insensatos, por ascetas, por vagabundos, por rebeldes; pero no por funcionarios.

El plan quinquenal, que hacía verlo todo con ojos de rigurosa disciplina, de ordenada devoción al Estado, condujo a Lunacharsky más allá de donde nunca pensara ir.

El marxismo le había enseñado a ver la Historia como una corriente, a comprender todo cuanto sucede, legitimándolo como un progreso y una necesidad. De esta suerte, el pasado valía para el porvenir; por eso no quiso prescindir de la belleza que había sido. Por eso las adquisiciones para los museos seguían las cifras de la colectivización. No será la última recordación que le hagamos. Recordémosle hoy por tres cosas. El fué quien aportó al Occidente las primeras confianzas en la nueva vida rusa. Por oficios de su alta jerarquía en la U. R. S. S. se han unido al movimiento obrero mundial muchas de las mejores inteligencias. Por último, recordémosle porque, durante algunos años, la inspiración de los jóvenes poetas revolucionarios no tuvo más promesas de gloria que las que él hizo.

Rafael CUADRADO

Una encuesta de RENOVACION

¿Qué artículo de la Constitución no ha sido violado?

RENOVACION, atenta a las palpitaciones del sentir popular, ha organizado una encuesta que responde a las exigencias del momento. Se trata de saber qué artículo de la Constitución ha llegado a cumplirse. Son 125 en total, y nos parece cada día más difícil dar con uno solo que haya llegado a ser realidad, o que, habiéndolo, no haya sido vulnerado luego.

Desde hoy, pues, nuestros lectores deben lanzarse a la búsqueda de ese excepcional artículo cuya existencia es dudosa. Estamos organizando grandes premios para aquel que dé con lo que en esta encuesta se busca. Las respuestas habrán de enviarse al director de RENOVACION, Carranza, 20, y si se aproximan a la realidad las publicaremos en estas columnas.

Esperamos, fundadamente, que esta encuesta de RENOVACION impresionará profundamente a la opinión mundial, apartando su atención del problema del Chaco, la caída del dólar y la crisis francesa, cuestiones minúsculas al lado de la que nosotros planteamos.

❖

ADVERTENCIA. — Para conocimiento de los lectores, hacemos constar que no serán válidas las respuestas que mencionen el artículo 4.°, que dice así:

«El castellano es el idioma oficial de la República.»

Hasta que el pueblo entre en el Parlamento y saque a rastras al Gobierno y a los diputados burgueses no habrá pacificación espiritual.

En un mitin tradicionalista se han dado mueras a Gil Robles. Al mismo tiempo un orador ha pronunciado estas palabras: "Somos partidarios de la legalidad y de la justicia; pero, como dice el valiente Comín, las leyes me las salto yo a la torera cuando son despóticas." Cordialidad derechista y respeto a las leyes. ¿Por qué se enfadan si los obreros no quieren someterse a la legalidad burguesa?

Gráfica Socialista.—San Bernardo, 92